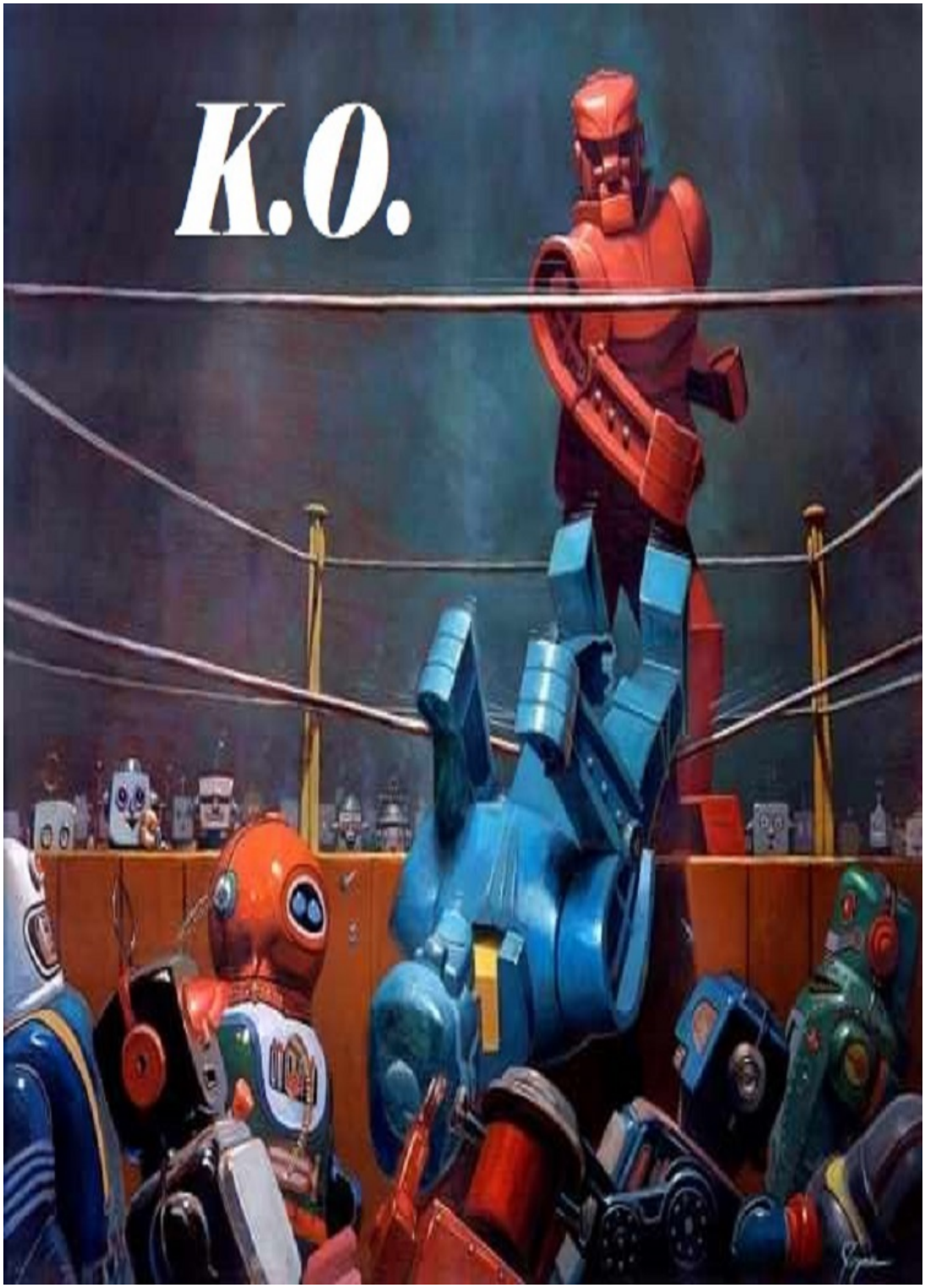
K.O.

Luisina Giorgetti



Capítulo 1

K.O.

La multitud gritaba y aplaudía emocionada por el comienzo del evento. Podía oirlos desde el vestuario. Se imaginaba sus caras expectantes, comiendo salchichas y bolsitas de maní tostado que usarían como proyectiles si algo no era de su agrado. Tenía la experiencia suficiente para saber que el aullido retumbaría aún más en cuanto saliera.

Contuvo el aliento mientras se calzaba las zapatillas. El lugar apestaba al punto de casi ser intolerable; el olor agrio del miedo mezclado con la vaharada rancia de la ansiedad. Se calzó la bata roja, a juego con el resto de su atuendo. Miró su reflejo en el espejo colgado en la cara interna de la puerta de la taquilla; las sombras oscuras debajo de sus ojos marcaban sus facciones como si no hubiera dormido en semanas. El ring era agotador, succionaba su energía como un adicto consume drogas hasta que solo quedan piel y huesos; mas siempre regresaba para otra pelea.

Los focos de luz nublaban su vista al mismo tiempo que el estadio aullaba de emoción. Echó un vistazo alrededor pero no veía a nadie, todo estaba negro como el final de un túnel sin salida. Siguió su camino, subió a la plataforma verde, pasó por debajo de las cuerdas gastadas y amarillentas, y se posicionó de espaldas a su esquina.

Su oponente chocaba los guantes con excitación, ofreciéndole una sonrisa petulante. Tenían la misma estatura, el mismo cabello, las mismas facciones, los mismos ojos; era como pelear contra un espejo que le cambiaba el color de la ropa de rojo a azul. El atuendo y la actitud. Ese combate se repetía una y otra vez, y ya había pasado a ser uno de los clásicos que se anuncian hasta el hartazgo.

Sonó la campana y los contrincantes se acercaron. Con los puños levantados empezaron a dar vueltas en el centro del ring como si estuvieran realizando una coreografía. El azul lanzó el primer puñetazo con el guante derecho. Consiguió bloquearlo, devolviéndoselo en el acto. El azul retrocedió un par de pasos y volvió a la carga. La multitud aplaudía y daba indicaciones sobre la mejor forma de noquear al contrario o cómo moverse. Todos los aficionados eran expertos, y todos los expertos querían al azul.

Dio otro puñetazo pero el azul lo vio venir y se lo devolvió sin darle tiempo a reaccionar. La tela áspera chocó contra su pómulo izquierdo, casi haciéndole perder el equilibrio. Por el rabillo del ojo vio que se acercaba otra estocada a toda velocidad y se movió a un lado tratando de esquivarla. Escuchó el crujido de un par de muelas al romperse, sintiendo

cómo la cara se le empezaba a hinchar.

La campana retumbó por sobre el tumulto, enviando a cada uno a su esquina. El rojo se desplomó sobre el banquillo, jadeante. Escupió hacia un lado liberando los molares quebrados junto con un chorro de sangre que se había acumulado en su boca. Su cabeza estaba floja y sabía que si seguía así su enemigo no tardaría en descolocársela. Enfrente, el azul miraba sonriente, casi con malicia.

- Deberías retirarte ¿no crees? - aunque estaba a varios metros y el murmullo de la multitud era penetrante, podía oirlo perfectamente.

- No tienes ninguna posibilidad. Un golpe más y tu cabeza vuela - continuó

El rojo apoyó su cabeza contra el palo que sostenía las cuerdas, cerrando los ojos; conocía muy bien las provocaciones de su rival. Y con cada pelea que pasaba el cansancio iba inundando su cuerpo, abriendo un hueco en el medio para darle paso a la resignación. No podía culparse, ¿cómo se peleaba contra un rival que se volvía más fuerte al tiempo que uno se debilitaba con cada round?

- No vas a lograrlo, igual que nunca logras nada - dijo el azul - Así que ¿por qué no mejor tiras la toalla antes de que te hagas daño? Solo estás haciendo el ridículo, inútil. - rió

La campana dio paso al segundo round. El rojo se levantó del banquillo a toda velocidad, tirándolo en el acto. Con dos grandes zancadas, se acercó a su oponente y le lanzó un golpe sin amague, directo al ojo. Su sangre hervía, quemando todo lo que tocaba a su paso. Las palabras habían sido el combustible; el timbre, la chispa.

El azul esquivó el ataque por apenas dos centímetros y se lo devolvió pero el rojo estaba preparado, bloqueándolo con el brazo contrario. Sin darle tiempo a pensar, siguió atacando a su oponente mientras éste daba vueltas en un intento de poner distancia. El cansancio hacía que su cuerpo temblara, la mejilla hinchada le cubría parte del ojo, su boca se sentía rara sin las muelas, y se le antojaba mucho tirarse a descansar; mas no podía. Había algo mucho más fuerte que impulsaba su espíritu, más fuerte que cualquier provocación carente de pruebas. No se permitiría perder aunque se quedara sin dientes ni huesos sanos. No le daría esa satisfacción.

El azul, casi contra las cuerdas, lanzó un puñetazo para tratar de alejarlo; el rojo lo eludió y contraatacó sin pedir permiso. Su enemigo cayó sobre una de sus rodillas siguiendo la trayectoria pero se levantó y, posicionándose a su espalda, caminó hacia atrás. El rojo se dio vuelta,

avanzando. La gente gritaba mientras la tensión llenaba el ambiente.

El azul, frustrado, atacó con todas sus fuerzas deseando ver la cabeza carmesí volando por los aires. Su guante se estrelló contra la barrera, desestabilizandolo. Fue a repetir la maniobra pero le habían ganado de mano y sintió la ruda tela sobre su ojo; primero sobre uno, luego sobre el otro. Separó las pestañas todo lo que el dolor le permitía, alcanzando a ver el momento en el que una silueta roja asestaba el último golpe debajo de su mandíbula. La cabeza azul se había desencajado hasta casi salirse del riel. Knockout.